

TODO ESTÁ MARAVILLOSAMENTE ORDENADO  
EN LAS VITRINAS COLOCADAS EN EL CUARTO EN QUE MURIÓ



## CAPITULO XXXIII

### LAS RELIQUIAS Y LAS IMÁGENES

**L**A gran fama de las virtudes de San José de Calasanz, aun en vida del mismo, había hecho que se recogiesen como reliquias todos los objetos de su uso. Se conservaban y se conservan todavía sus cabellos, sus cartas, sus firmas, los restos del pan que comía, los numerosos bonetes, pues se le cambiaban constantemente sin que lo advirtiera, los vestidos interiores y exteriores, sobre todo el último que dió de limosna á una pobre señora, y que le cambiaron por un vestido nuevo, los cilicios, disciplinas, plumas y todas las cosillas del escritorio. Se conservan con esmero gran número de reliquias en las diferentes casas del Instituto; pero la mayor parte están en San Pantaleón. Todo está maravillosamente ordenado en las vitrinas, colocadas en el cuarto en que murió, atendiendo á su conservación un Padre Custodio. Allí se ve el pequeño cáliz, una de las casullas y otros objetos sagrados de que se servía, las dos velas de su última misa, su pobre cama, la mesa, las sillas, el jergón, y hasta la sal que quedó en el salero en su última comida. Al visitar todas estas cosas, se siente veneración profunda hacia la pobreza del Santo, y gran edificación ante la solicitud filial de sus Hijos.

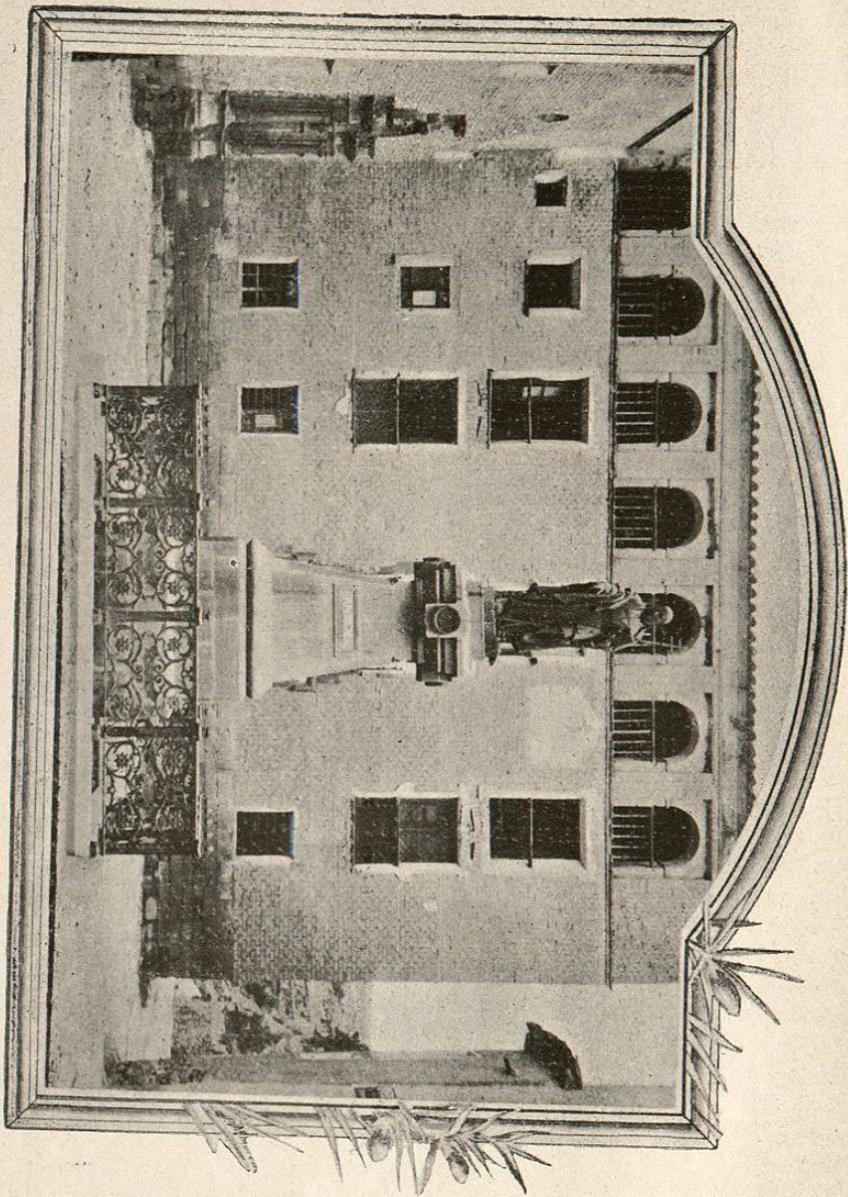
Abierto el cuerpo por los médicos, como ya hemos dicho, se recogieron preciosas reliquias. Fué primero la sangre viva y roja que brotó milagrosamente, y en la que se empaparon paños, pedazos de lana y seda, y papeles. Fué tan abundante aquella sangre, que, exprimiendo los paños, se pudieron llenar muchos vasos que se conservan en varios Colegios. La parte del cráneo levantada por el médico Castellani para extraer el cerebro, quedó en posesión de aquel médico que la dió al Colegio de Cárcare fundado por él y á sus expensas. En aquel momento, muchos Padres obtuvieron partes de la piel de la cabeza, del cerebro, y de las entrañas. La lengua, una parte del exófago, el bazo, el hígado, el pericardio y otras partes de las entrañas fueron recogidas por Castellani, y envueltas en un lienzo. El co-

razón fué colocado en una cajita de madera, redonda, bien cerrada, lacrada y sellada con los sellos de las Escuelas Pías y de Mgr. Castellani. Se formó expediente auténtico de la autopsia, que se entregó al P. García, Superior de San Pantaleón. Todo fué colocado en una urna de cobre dorado, de forma octogonal, con los paños empapados en sangre, las Constituciones autógrafas de la Orden, el Reglamento del Colegio Nazareno, y el corazón del Venerable Landriani. Se colocó la urna en una caja de nogal que se cerró con tres llaves, dejándola en el cuarto del Santo. Las tres llaves fueron confiadas á tres Superiores de otras tantas casas. El resto de las entrañas, una parte de los paños empapados en sangre, las tazas cubiertas de sangre, y las de que se había servido, fueron recogidas antes de la Beatificación.

Algunas semanas antes de esta solemnidad, el 29 de julio de 1748, Mgr. Luis Valenti, Promotor de la fe, muy devoto de San José, é insigne bienhechor de su Orden, en virtud de la comisión que le había dado el Papa, para reconocer las reliquias, se dirigió á San Pantaleón con los Comisarios designados en el Breve. El Cardenal de York, último de los Estuardos, obtuvo permiso del Papa para asistir á aquel reconocimiento. Mgr. Valenti, rodeado de sus ayudantes y de los testigos indicados en el Breve, después de intimar la amenaza de excomunión contra los que tomasen alguna parte del Venerable cuerpo, hizo levantar la plancha de mármol. Se descubrió la caja de plomo, y sacada del sepulcro, se notó que las hojas habían sido soldadas tan mal que se veía la caja de madera. Levantada la plancha superior, encontróse entera la caja, pero podrida por la gran humedad del suelo inundado con frecuencia por los desbordamientos del Tíber. El cuerpo estaba lo mismo que lo había dejado Mgr. Suarez, Obispo de Vaison el 6 de febrero de 1669, al comenzar el proceso de Beatificación con Autoridad Apostólica.

La humedad había despojado los huesos de las carnes, quedando enteros, sin olor ninguno, con algunos despojos de los vestidos y las cenizas restos de las carnes. Mgr. Valenti dió al Cardenal de York, muy devoto del Santo, algunos huesos convenientemente colocados y sellados. Los demás fueron puestos en una pequeña cámara cerrada y sellada con el del Promotor.

El 2 de agosto siguiente, Mgr. Valenti con los miembros de la Comisión procedió al reconocimiento de las otras reliquias. No pudieron encontrarse las tres llaves con que estaba cerrada, y se buscó un cerrajero para levantar la tapa de cobre dorado de la urna. Encontróse primero el corazón del Venerable Glicerio Landriani en un jarrón de barro, con la oración escrita de mano de San José, y que rezaba cuando bendecía á los enfermos. En una caja de hojalata estaban las Constituciones autógrafas de la Orden y el Reglamento del Colegio Nazareno. En seguida quitáronse los sellos á la cajita de madera, y esparcióse al punto un perfume suavísimo. El corazón del Santo, notable-



COLEGIO  
DE  
PERALTA DE LA SAL  
—  
COLOCÓ  
EN UN RELICARIO  
UNA PARTE  
DE  
LA ESPINA DORSAL  
PARA LAS  
ESCUELAS PIAS  
DE  
PERALTA DE LA SAL

mente grueso, se halló tan rojo y tan fresco, como en el momento de la autopsia hecha cien años antes. Desplegaron los paños, y se encontraron impregnados de sangre roja. Dios había preservado de la corrupción aquel corazón que le había amado tanto. La lengua, el bazo, el hígado y el pericardio se hallaban en el mismo estado de conservación. Lo atestiguan las lecciones del Breviario en cuanto al corazón y lengua; no hablan de las otras partes que tantas veces hemos tenido la felicidad de venerar, y que se hallan siempre en el mismo estado después de 235 años, separadas en diferentes relicarios, pero un poco secas y ennegrecidas por el tiempo; el hígado está siempre dividido como en el momento de la autopsia, cuando lo abrieron para buscar la causa del mal. Todo fué cerrado y sellado otra vez con el del Promotor de la fe.

Volvió otra vez á San Pantaleón el 24 de agosto, algunos días después de la Beatificación, la víspera del triduo solemne. Colocó en un relicario una parte de la espina dorsal para las Escuelas Pías de Peralta de la Sal, patria de José, la cabeza que puso en otro relicario y algunos fragmentos fueron dados al Padre General para distribuirlos. Son las pequeñas reliquias que las Escuelas Pías dan aún á los que las piden. Todos los demás huesos fueron colocados en una caja de ciprés incorruptible, forrada de seda y las cenizas se juntaron en un rincón de la caja, con una lámina de plomo con esta inscripción: *Corpus Beati Joseph Calasancii, Fundatoris Scholarum Piarum*. La caja de ciprés encerrada en otra de plomo fué sellada en la parte media y en los ángulos con las armas del Promotor. Se conserva hasta nuestros días bajo la mesa del altar mayor de San Pantaleón, dedicado á nuestro Santo.

El corazón fué puesto en un relicario de cristal para exponerlo á la veneración de los fieles, pudiéndosele ver de esta manera distintamente. Todo el resto de las entrañas, la cabeza y el corazón se colocaron en un grande y hermoso relicario de plata en forma de urna con dos angelitos en la parte superior que sostienen dos custodias. Es el relicario que está encerrado en una de las vitrinas del cuarto del Santo, cubierto con un velo de seda encarnada, y que se expone el día de su fiesta y durante la octava en el altar mayor de San Pantaleón. Un Padre, que tiene el título de Custodio de las reliquias, está siempre á disposición de los devotos de San José para que puedan venerar aquellos preciosos restos en el cuarto del Santo. Hasta ahora los ha respetado la revolución.

En el momento del reconocimiento de las reliquias en 1748, cien años después de la muerte, se llamó á los más célebres médicos y anatomistas de Roma para que diesen testimonio de su estado. Declararon con admiración que aquellas entrañas estaban tan bien conservadas, como en el momento de la muerte, siéndoles tan fácil hacer entonces la anatomía, como cuando murió. Hay también una disertación de Cayetano Petriali, médi-

co y cirujano del Rey de Cerdeña, que era en aquel tiempo de los más afamados. Afirma que, habiendo muerto José de enfermedad del hígado, y que no teniendo lesión alguna aquel órgano, estando más bien *unito et sincerissimo*, no había muerto sino de gran amor de Dios, que, haciendo crecer el corazón, extendía su calor hasta el hígado por la respiración más activa durante los calores del estío. Sea lo que se quiera esta explicación, es lo cierto que el hígado estaba y está intacto, aunque fué el centro de la enfermedad, y la causa de la muerte.

En 1634, no quiso el Cardenal Spínola marchar á su Arzobispado de Compostela, sin llevar el retrato del Santo. Diez años más tarde quiso adquirirlo también el Obispo de Malta; pero la humildad de José jamás le permitió tomar la conveniente actitud, de modo que sus defectuosos retratos no son su verdadera imagen. Después de su muerte, un hábil artista de los que llaman *Maestro* los italianos, con auxilio de la mascarilla de yeso y con sus recuerdos, pintó teniendo delante el cadáver expuesto en San Pantaleón, un retrato que hallaron sus Hijos perfectamente parecido. Es el que damos en la primera página de esta obra como el más auténtico de todos. Con este original se han hecho gran número de reproducciones. El Nuncio Apostólico de Francia escribía desde París: «Enviadme el retrato en tela de ese hombre que he conocido tanto en mi vida, y á quien »he estimado como á Santo». Juan María Morandi, de Florencia, era también verdadero artista de los que tiene tantos Italia: el Emperador Leopoldo le hizo ir á Viena para hacer su retrato y el de toda la familia imperial. Había tratado mucho á San José, y conservaba fieles recuerdos de sus rasgos. Lo pintó en pie con su elevada estatura; y lo regaló al P. General Scaffellatti. Está representado el Santo, teniendo la mano izquierda en el pecho, y en la derecha las Constituciones. Siempre se admiran en él los verdaderos y vivos rasgos de San José. Otro artista grabó en acero la parte superior de aquel cuadro, é hizo un grabado que puso el P. Talenti al principio de su obra. Aquellas imágenes, reproducidas en cobre, y repartidas con profusión, obraron gran número de milagros en todos los países.

En 1753, encargaron los Religiosos de las Escuelas Pías la colosal estatua de mármol que figura en medio de los más ilustre Fundadores de las Ordenes Religiosas, en la suntuosa Basílica de San Pedro del Vaticano. La hemos reproducido en la cubierta de este libro; pero ese dibujo da una idea muy pobre de la belleza de aquella estatua, que es de las más notables de San Pedro.



## CAPITULO XXXIV

## LOS ESCRITOS

**N**o hablaremos de las poesías sobre la Santísima Trinidad, la Eucaristía y otros misterios, mencionadas al principio de esta obra, y que en 1680 conservaba aún el Vicario de Benavarre, cuando se comenzó á tratar de la Beatificación del Santo. Por inconcebible negligencia se han perdido aquellos escritos. Tampoco tenemos nada de sus respuestas teológicas, de las sentencias legales dadas en sus diversos empleos de juez, de Vicario General de Urgel, y de Teólogo y Auditor del Cardenal Colonna en Roma.

Al comenzar á instalarse las Escuelas Pías, escribió un opúsculo titulado: *Algunos misterios de la vida y pasión de nuestro Señor Jesucristo*, reuniendo en él los principales artículos de nuestra santa fe. Al fin de la obra, un capítulo titulado, *el Reloj de la Pasión*, que podía servir de materia de meditación para todas las horas del día, correspondiendo á cada uno de los padecimientos de nuestro Señor Jesucristo. Es un librito muy piadoso y de mucha miga, de que todavía se sirven en las Escuelas Pías. Compuso también *un breve Directorio para cada día*.

La más notable de sus obras son las *Constituciones de la Congregación de las Escuelas Pías*, divididas en tres partes y treinta capítulos, aprobadas por el Soberano Pontífice, Gregorio XV. Es obra admirable por la profundidad de los pensamientos, sublimidad de las pruebas, y belleza de las reglas de perfección religiosa. Son tan santas que, sometidas muchas veces á la censura de los hombres más hábiles y á veces menos benévolos, no pudieron más que admitirlas y aprobarlas. Muy versado en el conocimiento de las Santas Escrituras y de los Santos Padres, reproduce á cada instante sus pensamientos y palabras. Se ha creído siempre en su Instituto que se las había dictado la Santísima Virgen, y San José se complacía en repetirlo sin cesar. En San Pantaleón se conservan religiosamente en un relicario aquellas Constituciones escritas de su propia mano. Hay también un pequeño autógrafo de cuarenta y cuatro hojas en 4.º, que expli-